

DEL ESPÍRITU HISPANO

Prim - Cavalcanti

La bizarría y la acometividad irresistible en presencia del enemigo han esmaltado de brillantes páginas la Historia de España.

No son las gestas gloriosas de nuestros tercios características de una Edad o de un período. Allí donde ha existido un núcleo de españoles, se han prodigado la bravura y el heroísmo con admirable generosidad.

Para cuantos hemos devorado con el ansia febril con que están escritas las páginas vibrantes del Diario de un testigo de la guerra de Africa, y en el respecto de los meros conocedores de la épica hazaña de Prim en los Castillejos, el general Cavalcanti no ha hecho sino reproducir en Tizza el rasgo de suprema audacia que más que sus desastrosas gestiones políticas, inmortalizó el nombre del Conde de Reus.

Y es que, por encima de la sucesión de caudillos y de personajes que lo encarnen, el espíritu de la raza vive con sus bizarrías legendarias y con sus caballerosos arreos, puesto a salvo de las mezquindades y de la podredumbre del ambiente, que quieren ahogar sus vigorosos impulsos, entre una oleada de misantropía y de egoísmo.

Hay, sin embargo, del acto heroico de Prim al de Cavalcanti, una considerable diversidad.

Es dudoso que el primero llenase plenamente las exigencias de la táctica en el célebre combate del día de Año Nuevo de 1860, cuando, arrebatando al abanderado de uno de los batallones de Córdoba rechazados por el enemigo, la enseña de la Patria, dirigió la conocida aranga a sus tropas, después de la cual, una formidable carga a la bayoneta hizo recuperar las posiciones que se habían perdido.

En cambio, el general Cavalcanti, cuando se puso a la cabeza de sus huestes — sin que una previa derrota le inspirase este acto de heroísmo — había cumplido ya sus deberes de comandante general, dando las órdenes exigidas por la naturaleza de la operación.

Pero lo que conforta sobremedida el espíritu acerca de este hecho, que, no por actual debe dejar de ser calificado de sublime, es la cristiana modestia de su autor y las palabras de confianza en Dios, con que, según nuestro corresponsal en Melilla, lo esmaltó.

Este matiz cristiano de los acontecimientos de armas, se halla vinculado de la misma manera a nuestro espíritu colectivo, ya que, lejos de ser patrimonio al valor de la gente despreocupada e indiferente en materia religiosa, suele encarnar de ordinario en las almas nobles, que tienen un alto concepto del cumplimiento del deber y que, sobre haber depurado sus tendencias con la práctica de la virtud, que tanto dignifica al hombre, temen menos al más allá de la muerte, que los que al exponer la vida pueden abrigar dudas legítimas acerca de su suerte en las postrimas.

El héroe de Tardira, que con la corroboración de su denudo excepcional en las inmediaciones de Tizza, ha dado un día de gloria a la Patria, evitando la pretendida jactancia del enemigo, que acumuló allí todos los contingentes de fuerza de que disponía, se ha hecho acreedor a la gratitud nacional, y quienes censuran su extraordinario arrojo, se porque desconocen, probablemente, las terribles circunstancias que demandaron del general un Jefe el patriótico sacrificio.

Es cierto que el valor personal no decide las guerras modernas, preparadas con ecuaciones y fórmulas algebraicas y desarrolladas con gran precisión, mediante los adelantos de las Ciencias físico-químicas y sus derivadas de aplicación a la esfera militar; pero si

RELIGION

La religión es lo que al hombre alienta, para luchar en esta vida impía; es la fe, la esperanza y la alegría de aquél que con su esencia se sustenta.

Es la gracia de Dios, con que alimenta a la materia, el alma que la guía, es el fuego, el poder, la valentía que nos hace vencer en lucha cruenta.

Es la palanca que levanta el mundo, a impulsos del ideal que le domina: blasón que al héroe da premio en la Historia...

Freno que aguanta el mal y odio profundo: maravillosa luz, fuerte y divina.

Religión, ¡es Familia, Amor y Gloria!

Cecilio Recalde

Madrid.

se despoja a la milicia del aspecto caballeroso que entraña la bizarría, acaso habremos privado a la Psicología militar de uno de sus principales atractivos y justificaciones, porque al someter a los procedimientos de combate a un examen reflexivo, sereno y frío, no podremos excluir de igual relevancia la finalidad y motivación de la guerra. Ahora bien: eliminando lo que de pasional y, sobre todo, de vindicta y de servidumbre de un ideal tiene la lucha, según en una batalla serena y metódica hállase abundante materia de contradicción.

Rindámonos, pues, a nuestros héroes, entre los que se cuenta el Marqués de Cavalcanti, cuya elevada posición avalora su hazaña, el tributo de gratitud y de admiración ferviente, a que se han hecho acreedores.

PARADOJAS

SUDORES

Los datos estadísticos que publica la Dirección general de Adua-

nas, referente al primer cuatrimestre del año actual, continúan señalando una presión cada vez más sensible de los mercados exteriores sobre el nacional. Si no nos ahogamos ya, empezamos a sentir agobio.

Desde luego anotamos estas dos partidas generales: En dicho período de tiempo las importaciones se valoraron el año actual en 515 millones y pico de pesetas; el año pasado en 415 millones, y hace dos años en poco más de 300 millones. De manera que en los cuatro primeros meses del corriente importamos por valor de cien millones más que en igual período del anterior, y casi el doble de lo que importamos los cuatro primeros meses de 1919.

Claro está que desde el punto de vista tributario los resultados deben ser felices. Considerando los grandes aumentos que sufrieron últimamente la mayoría de partidas arancelarias, se comprende que la recaudación en las aduanas haya sido brillante. El ministro no se podrá quejar.